

Revivir viejos terrores

El asesinato de Edgar Allan Poe y otros misterios literarios

MIGUEL MENDOZA LUNA

CAROLINA RODRÍGUEZ

FUENMAYOR (ilustraciones)

Rey Naranjo, Bogotá, 2018, 112 pp., il.

POCAS PERSONAS en Colombia saben tanto de literatura de terror, novela policíaca y asesinos en serie como Miguel Mendoza Luna. Su afán por indagar en la literatura lo siniestro de la condición humana lo ha llevado a dictar cursos universitarios de escritura creativa, de literatura gótica y fantástica, así como de escrituras del crimen y del mal, y a explorar en su propia escritura el fascinante mundo de la literatura infantil y juvenil, haciéndose en dos ocasiones con el Premio Nacional de Libro de Cuentos Ciudad de Bogotá, la primera vez en 2009 con *Cruentos cruzados*, y de nuevo en 2017 con *El asesinato de Edgar Allan Poe y otros misterios literarios*, un libro bellamente editado por Rey Naranjo e ilustrado por Carolina Rodríguez, que reúne nueve cuentos poblados de personajes emblemáticos de la literatura de terror que se enfrentan a circunstancias insólitas, muchas veces en un ambiente y una época muy diferentes a aquellos en los que fueron concebidos originalmente. En “El asesinato de Edgar Allan Poe”, relato que da nombre al libro, el lector se sorprende al constatar que Dupin, el famoso inspector que inventara Edgar Allan Poe, ha sido llamado para dilucidar las circunstancias de la muerte de su creador al tiempo que resuelve otro caso, el asesinato de Mary Rogers, alusión directa a un relato de Poe de 1842, que a su vez está basado en un crimen real.

“El asesinato de Edgar Allan Poe” no es el único en el cual un autor es extraído de su contexto, llevado a otro y convertido en personaje. Igual le ocurre a Fausto, el famoso personaje de Goethe, a quien encontramos trabajando en un negocio clandestino de edición y venta de películas, o a Robert Louis Stevenson, que en “El elixir de Jekyll” aparece amnésico en un hospital de una ciudad que parece ser la Bogotá de siglo XX o XXI, supuesta-

mente después de que lo drogaran con burundanga, y quien, luego de relatar los pormenores de su vida al médico que lo está tratando, es acusado de asesinar a una mujer en un hotel y de haber implantado un explosivo en la Casa Presidencial:

—¿Habla español? —le pregunta un médico, de barba, no mayor de treinta años, concentrado en la historia clínica.

El escocés se toma tiempo en responder. Mira por una pequeña ventana de la fría habitación y un castillo del siglo XIII termina suplantado por una serie informe de casas de miles de colores aferradas a una montaña. Con ambas manos, acomoda su desordenado pelo blanco. La jaqueca que apunta en todas las direcciones insiste en no marcharse.

—Mi madre era chilena y viví dos años en Argentina —responde el viejo con voz ronca—, creo que con eso basta para hacerme entender. (pp. 103-104)

Además del juego constante de alusiones literarias, todos los cuentos de este libro comparten un afán por abordar el miedo y el misterio desde las particularidades emocionales de cada personaje, enseñando así que lo macabro no responde a manifestaciones extraordinarias, sino que hace parte de la naturaleza humana. Hay acontecimientos fantásticos en cada relato, por supuesto, pero no es eso lo que produce terror, sino la oscuridad inherente que página a página se va apoderando de los personajes que experimentan dichos acontecimientos.

El asesinato de Edgar Allan Poe y otros misterios literarios es sin duda la obra de un lector apasionado. Cada relato es a la vez un homenaje a los autores que Mendoza reverencia, partiendo de Poe y pasando por Dostoievski, Bram Stoker, Kafka, Stevenson, Mary Shelley, Goethe y Raymond Chandler. En ese sentido, el procedimiento con el que han sido concebidos los textos se asemeja al de la *fan-fiction*, tan popular en internet, que consiste en tomar los personajes de una obra de ficción existente y, siguiendo las reglas de su universo, inventarles nuevas aventuras, salvo que Mendoza complejiza aún más el

procedimiento al trasladar los personajes a otros universos e inmiscuir a algunos de los autores que, ficcionalizados, demuestran ser tan interesantes y perturbadores como sus creaciones. Así ocurre con Heinrich Kramer, el dominico alsaciano, inquisidor y artífice del *Malleus maleficarum*, que en “Noche de Brujas” es visitado por una de las mujeres que él mismo condenó:

La escritura de los diferentes capítulos de la ambiciosa obra del inquisidor estuvo siempre animada por el recuerdo de las diferentes mujeres que él mismo había procesado los diez años anteriores en poblaciones como Tirol, Salzburgo, Moravia, Bohemia, y por supuesto Colonia. Sus métodos —largas sesiones de interrogatorios apoyados por crueles aparatos— siempre terminaban en desesperadas confesiones donde las aterradas acusadas aceptaban haber realizado actos de hechicería y cópula con el demonio. (p. 12)

No es solo a través de los personajes que Mendoza les rinde tributo a algunas de las grandes obras de la literatura, lo mismo ocurre en el registro de escritura. En “Marlowe”, por ejemplo, encontramos trazas del estilo propio de la *hard-boiled novel* que escritores como Dashiell Hammett y Raymond Chandler popularizaron en la primera mitad del siglo XX en los Estados Unidos. Frases como “Nada nuevo en la rutina de alguien que intenta darle sentido a los constantes misterios arrojados por un cruel dios” (p. 64), o “La delgada joven lo mira despectiva. ‘En apariencia dura, pero en realidad tan fácil de conducir a la cama como chasquear los dedos’, piensa él” (p. 61), dan cuenta de ello. En otros es frecuente la abundancia de adjetivos y expresiones arcaizantes que caracterizan a la novela gótica, como “pálido habitáculo” (p. 12), “la llama del cirio iluminó complaciente el arrugado documento” (p. 10), los “líquidos ojos azules” del inspector Dupond y aquel “intercambio de miradas entre los tres policías [que] multiplicó las figuras de cuervos proyectadas en el húmedo techo” (p. 18).

La brevedad de la mayoría de los relatos los fuerza a depender en gran medida de los textos de donde Mendoza ha tomado a sus personajes. El lector familiarizado con aquel univer-

RESEÑAS		CUENTO
<p>so literario probablemente disfrute con el juego de referencias librescas en el que abunda la ironía. Aquel que no esté al tanto de qué es el <i>Malleus maleficarum</i>, o ignore quién fue Mary Shelley, quién es Gregorio Samsa o Dimitri Karamázov, encontrará en <i>El asesinato de Edgar Allan Poe y otros misterios literarios</i> un portal de entrada a algunas de las obras más fascinantes de la literatura universal.</p> <p style="text-align: right;">Santiago Cepeda</p>		